

RENOVACIÓN PERONISTA Y JUEGOS DE ESCALA EN LA RECONSTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA ARGENTINA (1983-1991). APORTES EN CLAVE SUBNACIONAL

Peronist Renovation and Scale in the Argentine Democratic Reconstruction (1983-1991). Contributions from a Subnational Perspective

Marcela Ferrari

CEHis, UNMdP – CONICET – CIC, Argentina

Virginia Mellado

INCIHUSA – CONICET – UNCuyo, Argentina

Resumen: La Renovación Peronista fue la expresión de un momento político de reconfiguración del peronismo en la década de 1980. Hasta hace algunos años, esta experiencia fue analizada en función de pares diádicos —autoritarismo/democracia, ortodoxia/renovación, rama sindical / rama política, riña por los espacios / lucha por la idea—. Nuevas investigaciones ancladas en espacios subnacionales cuestionaron las miradas centradas en la escala nacional y mostraron la heterogeneidad de la experiencia renovadora. El artículo tiene como objetivo general articular las investigaciones existentes en clave distrital en torno a tres ejes nodales: la organización partidaria, las dirigencias políticas, y los liderazgos, especialmente a través del ascenso de Carlos Menem a la presidencia de la República. Para ello se han utilizado una gama diversa de fuentes, como prensa provincial, actas partidarias y entrevistas en profundidad a dirigentes de la época.

Palabras clave: peronismo, democracia, organización partidaria, liderazgos, Argentina.

Abstract: The Peronist Renovation was the expression of a political reconfiguration of Peronism in the 1980s. Until a few years ago, this experience was analyzed around dyadic pairs, like authoritarianism/democracy, orthodoxy/renewal, union branch/political branch, quarrel for spaces/struggle for the idea. New research anchored in subnational spaces has questioned the views focused on the national scale, showing the heterogeneity of the renovating experience. The main objective of this paper is to articulate existing research in a subnational perspective around three nodal axes: party organization, political elites, and leadership, especially through the promotion of Carlos Menem to the presidency of the Republic. A diverse range of sources have been used,

such as the provincial press, party minutes, and in-depth interviews with leaders of the time.

Keywords: Peronism, democracy, political parties, leadership, Argentina.

1. Introducción

La Renovación Peronista (RP) fue la expresión de un momento político de reconfiguración que devolvió al Partido Justicialista (PJ) la competitividad perdida en las elecciones sucesivas a la última dictadura argentina. Reivindicó al peronismo como movimiento nacional, popular y revolucionario y *aggiornó* el discurso partidario. Bregó por la transparencia en las elecciones internas mediante el voto directo del afiliado, lo que permitió desplazar a la conducción de la derrota, renovar sus cuadros y conformar una opción electoral atractiva desde 1987. Sin embargo, en cuanto que proyecto político, tuvo una vida corta. En lo que fue leído como una paradoja, cuando uno de sus principales referentes —Carlos Menem— se erigió en candidato presidencial, en lugar de consolidarse, la RP habría llegado a su fin.

Hasta hace algunos años, la experiencia fue analizada en torno a pares diádicos — autoritarismo/democracia, ortodoxia/renovación, rama sindical / rama política, riña por los espacios / lucha por la idea—. Esas diadas fueron movilizadas para resaltar la faz democrática e innovadora de la RP (Wainfeld, González y Armada, 1986), o para cuestionar que contribuyera a consolidar la democracia, dado el pasado autoritario del peronismo (De Ipola, 1986). Los estudios centrados en el discurso de los contemporáneos reforzaron esa mirada.¹ Trazaron fronteras, estigmatizaron a los *mariscales de la derrota* y hasta identificaron a la Renovación con la izquierda del PJ. Si se tiene en cuenta que «el discurso de movilización política [...] puede ejercer un efecto de unificación simbólica» (Boltanski, 1982: 257), esos estudios contribuyeron además a construir cierta visión homogénea y olímpica de la RP.² Algunos análisis sobre la organización profundizaron en las dicotomías. Al examinar los distritos con mayor desarrollo industrial, interpretaron a la RP como el triunfo de la dirigencia política del movimiento sobre la rama sindical (Gutiérrez, 2003) y del desplazamiento de las bases sociales sindicales por redes territoriales (Levitsky, 2005). Con frecuencia, los resultados de estos análisis, sostenidos en evidencia empírica recogida en Capital Federal y el conurbano bonaerense, en una operación de *nacionalismo metodológico* (Giraud, 2012; Snyder, 2009), se generalizaron al conjunto del PJ.

En la última década, la RP comenzó a ser indagada en su heterogeneidad y más como expresión de un momento democratizador que como una línea inter-

1. Véanse, entre otros, Podetti, Qués y Sagol (1988); Aboy Carlés (2001); Altamirano (2004); Arias (2004); Brachetta (2006); Garategaray (2012).

2. Por «visión olímpica» entendemos un enfoque que se construye de arriba (nación) hacia abajo (provincias), desde el centro hacia las periferias, y se da por válida para el conjunto del territorio nacional.

na. Se señaló la pluralidad de perfiles y procedencias de sus dirigentes (Ponza, 2015) y se profundizó en la diversidad que aportan las lecturas en clave subnacional (Ferrari y Mellado, 2016). Se indagó su configuración en distintos distritos y cómo afectó a las organizaciones partidarias del PJ, un partido nacional que responde a un ordenamiento federal (Mustapic, 2013). Las investigaciones echaron luz sobre la organización, las prácticas políticas y los dirigentes de diferentes espacios. Permitieron reconocer las redes en las que anclaron la experiencia renovadora, las persistencias y transformaciones en los peronismos provinciales, las características y los atributos de sus dirigentes, la formación de liderazgos y la instrumentalidad política de los lazos primarios, entre otras cuestiones. Los resultados contribuyeron a deconstruir interpretaciones naturalizadas como nacionales, pero se avanzó menos en saber cuánto aportaban a una lectura de conjunto.

De ahí que este artículo proponga integrar las interpretaciones en clave subnacional en torno a tres ejes: la organización partidaria, las dirigencias políticas y los liderazgos —en especial, el de Menem—. ³ Nuestra hipótesis es que los distritos hicieron posible la RP. Al colocar el foco en las transformaciones organizativas en territorios situados (Giddens, 1995), es evidente que las renovaciones en las provincias no se vivieron en paralelo ni en espejo respecto de Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, que antecedieron a la adoptada por los órganos partidarios nacionales y la sustentaron. Además, sostenemos que la RP aceleró la circulación de dirigentes, lo cual, desde los años ochenta, decantó en la hegemonía del partido sobre el Movimiento Nacional Justicialista (MNJ). Esa circulación derivó en la emergencia de nuevos liderazgos; aquellos que se nacionalizaron, se sostuvieron en un entramado de vínculos preexistentes o contruidos al calor de la RP. Así, el acceso de Menem a la presidencia de la nación habría sido una deriva, no una oclusión, de la RP, teniendo en cuenta que él era un renovador y que incluyó a numerosos renovadores en su gobierno.

El trabajo se ha nutrido de una gama diversa de fuentes: prensa provincial, actas partidarias y entrevistas en profundidad a dirigentes de época. El argumento se estructura en cuatro apartados. En el primero, se sitúa al lector en el contexto histórico y el desarrollo del proceso. En el segundo, se aboca a la articulación de los heterogéneos procesos provinciales y a los cambios en la organización partidaria. En el tercero, se analiza el recambio de las dirigencias peronistas. Y en el cuarto, se examina el acceso de Menem a la candidatura presidencial como resultado de una construcción política en la que fue clave la RP.

2. La Renovación en contexto histórico

La RP fue hija de la derrota del PJ en las elecciones de 1983. Este partido, definido como un movimiento político de origen sindical con fuerte inserción en los

3. Los distritos para los que contamos con análisis exhaustivos son Buenos Aires, Capital Federal, Córdoba, Jujuy, Mendoza, Misiones, San Juan, Santa Cruz y Santa Fe. Todos los análisis están incluidos en una obra colectiva (Ferrari y Mellado, 2016).

sectores populares, comprendido entre el arriba y el abajo de la escala social y entre la izquierda y la derecha del espectro ideológico (Ostiguy, 1997), nunca había perdido en elecciones libres. Fue fundado en 1947 por el presidente Juan D. Perón en su afán de disciplinamiento de la coalición política que lo llevó al gobierno (Mackinnon, 2002). Sobrevivió a la proscripción impuesta tras el derrocamiento en 1955, y al exilio de su líder, gracias a la estructura que le brindaban el movimiento obrero y una vigorosa juventud política que, al calor de los aires liberacionistas de las décadas de 1960 y 1970, fue alentada por Perón. Ese conjunto de actores contribuyó a la apertura política de 1973, cuando, con el 62% de los votos, Perón accedió a una tercera presidencia. Tras su muerte, en 1974, fue sucedido por su esposa y vicepresidente, Isabel Perón.

Después de la dictadura (1976-1983), el PJ, que con sus 2.795.000 afiliados era el mayor partido de América Latina, confiaba en un nuevo triunfo. Además de la muerte de su líder, arrastraba numerosas rémoras que gravitaban en la memoria colectiva: la escalada de violencia entre la izquierda y la derecha del MNJ previa a 1976, la crisis socioeconómica del gobierno de Isabel Perón, la incidencia de sindicalistas de derechas en el Gobierno y la represión, que ya era nítida en 1975. La dictadura, célebre por encontrar en el terrorismo de Estado una macabra herramienta de disciplinamiento social que permitió cambiar el modelo de acumulación industrialista de la Argentina peronista (Schvarzer, 1986), congeló la actividad partidaria. Cuando el régimen militar se derrumbó tras la derrota en la guerra de Malvinas, el PJ no había renovado sus cuadros y su ala izquierda se encontraba diezmada. Los cuadros más organizados eran los dirigentes de los grandes gremios industriales y los caudillos provinciales con influencia territorial. En la apertura electoral, se coaligaron y se impusieron como candidatos en un PJ que, pese a los cuestionamientos internos, se presentó unido. Algunas acciones —como las declaraciones del candidato presidencial en cuanto a aceptar la autoamnistía para los responsables del terrorismo de Estado y la quema de un féretro con las siglas de la Unión Cívica Radical (UCR) en un rincón del palco del acto de cierre de campaña, captada y difundida por los medios de comunicación— terminaron de catalizar el voto de las mayorías a favor de Raúl Alfonsín, el candidato presidencial del ala renovada de la UCR. Alfonsín logró adjudicarse a su favor el clivaje democracia versus autoritarismo (O'Donnell *et al.*, 1988) ante una ciudadanía que pretendía la pacificación social y dar curso a sus demandas contenidas.

Al PJ derrotado le costó reaccionar y renovarse. En abril de 1984, Antonio Cafiero —dirigente bonaerense del PJ, fundador en 1982 del Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO)— publicó una autocrítica en la que expresaba un malestar extendido y la petición de renovación de las cúpulas partidarias.⁴ En diciembre de 1984, dirigentes políticos —procedentes del PJ metropolitano, de Córdoba y Buenos Aires, de la llamada Liga de Gobernadores— y sindicales —enfrentados con los jefes de los grandes gremios de las 62 Organizaciones Peronistas— confluyeron en el Frente de Renovación Pero-

4. Antonio Cafiero, «En qué nos equivocamos». *Clarín*, Buenos Aires, 14/4/1984.

nista (Ponza, 2015). A la semana, sus representantes fueron rechazados en el congreso partidario del Teatro Odeón, donde fue elegida una dirección seleccionada entre los *mariscales de la derrota*. En febrero de 1985, los numerosos descontentos convocaron al congreso de Río Hondo (Santiago del Estero) y nombraron una mesa de conducción partidaria, paralela a la del Odeón. Allí decidieron dos cuestiones fundamentales: la demanda de voto directo de los afiliados y la intervención en la provincia de Buenos Aires, bastión de la dirigencia sindical ortodoxa, en la que se concentraba un tercio de los afiliados peronistas, para normalizar al partido. Lo primero avanzó, lo segundo fracasó. En un intento de recomposición partidaria, fue convocado un congreso en Santa Rosa (La Pampa, julio de 1985). Pero allí fueron rechazadas las credenciales de numerosos renovadores y se eligió otra dirección continuista. Ante ello, y con vistas a las elecciones legislativas de noviembre, en la provincia de Buenos Aires, Cafiero organizó un frente por fuera del partido y encabezó la lista de candidatos a diputados nacionales. Aunque esa coalición no triunfó sobre la UCR, los renovadores derrotaron a sus adversarios internos y ocuparon numerosas bancas.

La legitimidad alcanzada marcó un camino para dirigentes de todo el país, que habían avanzado en transformar al peronismo (Mellado, 2016).⁵ En diciembre se fundó la RP en el orden nacional y se designó como referentes a Antonio Cafiero, Carlos Grosso (dirigente de Capital Federal) y Carlos Menem, gobernador de La Rioja. Los avances sucesivos de la RP en distintos distritos contribuyeron a que el PJ triunfara en las elecciones de gobernador de 1987 en 16 provincias, cinco a expensas de la UCR.

3. Experiencias subnacionales: las organizaciones partidarias

Las elecciones de octubre de 1983 representaron un claro triunfo para Alfonsín, quien se impuso en las elecciones presidenciales con el 51,75% de los sufragios, frente al 40,16% que obtuvo el peronismo. Alfonsín recogió el apoyo de Capital Federal, Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, San Juan, La Pampa, San Luis, Entre Ríos, Neuquén, Río Negro, Chubut, Catamarca, Corrientes y Misiones. Sin embargo, el resultado tuvo otra cara menos visible: en las provincias, el radicalismo retuvo solo siete gobernaciones de las 15 en las que se impuso el candidato presidencial. Las provincias donde no triunfó la UCR para el cargo de gobernador quedaron en manos de los partidos provinciales —el Movimiento Popular Neuquino, el Partido Bloquista sanjuanino y el Partido Liberal Autonomista de Corrientes—, y del PJ, que retuvo 12 gobernaciones (Ivanich, 1994).

La derrota de 1983 no desencadenó necesariamente una crisis en las organizaciones peronistas distritales. En cambio, fue profunda en las provincias más

5. Así lo advirtió el dirigente mendocino Juan Carlos Mazzón: «[...] a partir de ahora, la Renovación bonaerense ha de marcar indudablemente un punto de partida trascendental para el justicialismo en su conjunto, el que indudablemente reflejará en su horizonte nacional el estilo renovado que quieren sus militantes». *Mendoza*, Mendoza, 4/5/1985.

densamente pobladas donde triunfó la UCR. La mayor fractura se registró en Buenos Aires; allí sí, el conflicto se estructuró alrededor de la disputa entre la rama sindical y la política. Sin embargo, a excepción de las provincias en las que el sindicalismo tenía fuerte gravitación —como Santa Cruz, donde los sindicatos petroleros jugaron en las disputas internas como un actor consolidado con intereses propios (Bona y Vilaboa, 2016)—, el conflicto intrapartidario fue menos intenso. El peso de cada una de las facciones peronistas se dirimía por las alianzas entre dirigentes nacionales y locales, donde los mediadores políticos jugaban un rol fundamental en la conquista de apoyos territoriales. El control del territorio a través de la formación y movilización de unidades básicas para conquistar apoyos del electorado fue central.

La RP introdujo como novedad el voto directo de los afiliados, acompañado de la incorporación de las minorías, lo que significó implantar mecanismos democratizadores dentro del partido. Además, permitió desplazar a las dirigencias partidarias de 1983. Su incorporación a las cartas orgánicas de los PJ distritales se produjo entre abril de 1984 y noviembre de 1986. Su aceptación o rechazo dependió de las relaciones de fuerza entre dirigentes y de cálculos electorales. No generó gran tensión cuando la rama sindical se encontraba subordinada a la política; Mendoza y Misiones, por ejemplo, lo adoptaron en 1984. En San Juan, como el PJ no tenía chances frente al bloquismo, se tramitó en 1985. En Capital Federal fue demandado por las distintas fracciones. En Córdoba, las tensiones internas y el desafío de reformar la constitución provincial en 1986 generaron tal enfrentamiento que derivó en la intervención al partido; fue esta la que impulsó el voto directo. En los distritos en los que el PJ ganó las elecciones de 1983, con liderazgos incuestionados, los dirigentes avalaron su incorporación. Pero en los que aparecieron desafíos para los líderes tradicionales, el proceso fue más dificultoso. En Jujuy se necesitó de una fuerte expansión territorial para conseguir adhesiones entre los renovadores. Allí donde la Renovación decantó como manera de subirse al carro triunfador, se adoptó tardíamente, como en Santa Cruz. Finalmente, en aquellas jurisdicciones en las que los grandes gremios industriales o sus representantes controlaban la conducción, la conflictividad fue vigorosa; por eso Buenos Aires fue la última provincia en adoptar este mecanismo. En la mayoría de los distritos, el voto directo fue decidido en los congresos partidarios provinciales, pero en Córdoba y Buenos Aires fue impuesto por sendas intervenciones nombradas por la conducción ortodoxa nacional, para construir consensos electorales, en el primer caso, y para normalizar al partido administrando los alcances de la RP ante el derrumbe de la conducción de Herminio Iglesias, en el segundo (Ferrari y Closa, 2015).

Si bien el voto directo fue aprobado a finales de 1986 en todos los distritos, la incumbencia era diferente. Paulatina y desacopladamente, avanzaron hacia la elección directa de listas de congresales nacionales, legisladores, concejales y candidatos a intendentes. La generalización de los triunfos en las elecciones de gobernador de 1987 cobra sentido a la luz de esas transformaciones incorporadas por las RP distritales, que repusieron la competitividad electoral del PJ. A la vez, muestra que la adopción de este mecanismo en el orden nacional fue antecedida por los recambios en las provincias, que impactaron en la conforma-

ción de las delegaciones enviadas al congreso nacional partidario que elegía a los candidatos. En noviembre de 1987, ese organismo, reunido bajo la presidencia de Carlos Juárez, histórico caudillo santiagueño, designó una comisión provisional y decidió la elección de las autoridades partidarias nacionales y de la fórmula presidencial por voto directo de los afiliados, tomando al país como distrito único. El reclamo renovador llegaba a las más altas esferas partidarias y se aplicó para las elecciones de candidaturas presidenciales en 1988.

Las consecuencias de la aplicación del voto directo fueron varias. Democratizó el funcionamiento del PJ al favorecer la participación del afiliado. Ordenó y transparentó las reglas electorales internas. Sin embargo, no necesariamente fue exitoso para unificar al PJ. En Capital Federal, proliferaron las listas y la división interna resultante colocó al partido al borde de una fractura, esquivada mediante negociaciones realizadas por Grosso (Luoni, 2016). Donde los conflictos internos eran irresolubles, la conducción nacional impuso candidatos, por lo general extrapartidarios o afiliados recientes, y hasta externalizó la decisión. El caso más claro fue el de Santa Fe, donde los dirigentes del sindicalismo ortodoxo y los renovadores nunca lograron resolver su enfrentamiento; allí se aplicó la ley de lemas e intervino el presidente Menem para designar a un *outsider* como candidato a gobernador en 1991 (Maina, 2016). Acciones como esta fueron posibles por una nueva reforma de la carta orgánica nacional del PJ que facultaba al CNJ a designar candidatos y establecer alianzas electorales. En ello puede verse tanto una forma de disciplinar a los afiliados peronistas, como una restricción en el ejercicio de la democracia interna por la que la RP había luchado. Con mucho menos conflicto, el PJ de San Juan también se enfrentó a la imposición de un candidato a gobernador, un extrapartidario.

En la práctica, las elecciones internas tuvieron un efecto matizado, ya que las élites dirigentes mantuvieron el control de la selección de candidatos para ofrecer al voto del afiliado. En esa instancia se prefería realizar acuerdos para conformar listas únicas en las que los distintos sectores internos se sintieran representados y evitar la confrontación. La negociación *puertas adentro* refleja también la profesionalización de los cuadros peronistas, que entendían que el acuerdo favorecía el triunfo en elecciones generales.

Esa constatación alentó a las cúpulas renovadoras a recuperar la práctica frentista. Pero, a diferencia de experiencias previas, fueron fracciones del peronismo las que encabezaron las coaliciones, no el partido en su conjunto. Para presentarse ante el electorado como una alternativa, la RP como fracción necesitaba la personería jurídica que otras fuerzas podían proporcionarle. En 1985, ese fue el caso del Frente Justicialista para la Democracia y la Participación, FREJUDEPA, que organizó la fracción encabezada por Cafiero con la Democracia Cristiana, el Partido Conservador Popular y otras fuerzas minoritarias. El FREJUDEPA se presentó a las elecciones legislativas de noviembre, obtuvo un segundo lugar tras la UCR y se impuso sobre su poderoso rival interno (Ferrari, 2018), lo que le valió un fuerte impulso a la RP en todo el país. La reiteración de la experiencia, ya sin necesidad de la personería jurídica, porque el PJ se había reunificado, contribuyó al ascenso de Cafiero a la gobernación. Pero esta práctica fue mucho más extendida. En 1986, en vistas de las elecciones de

convencionales constituyentes de Córdoba, los renovadores provinciales formaron un frente con la Democracia Cristiana, cuyo arrastre sobre el conjunto de afiliados puso de manifiesto el ocaso de la ortodoxia; la experiencia se reiteró en 1987, cuando se introdujo otra novedad: la incorporación de extrapartidarios en las listas (Closa, 2016). Menos novedosos fueron los frentes en elecciones abiertas para enfrentar a un adversario aparentemente imbatible. La Renovación de San Juan en las elecciones legislativas de 1985 lideró un frente político-social con otras fuerzas y repitió la experiencia en 1987, con el fin de enfrentar al Partido Bloquista (Rodrigo, 2016). En Misiones, el PJ integró un frente que permitió el acceso a la gobernación del candidato peronista (Álvarez, 2016). En 1987, en Santa Cruz, el peronismo accedió a distintas instancias de gobierno integrando alianzas cruzadas multinivel (Clerici, 2013). Mientras que en la gobernación la Renovación, que poco se diferenciaba del resto de las fracciones, conformó un frente con la Democracia Cristiana y otro partido distrital, el Movimiento Patriótico de Liberación (MPL), para competir por la intendencia de Río Gallegos, Néstor Kirchner lideró el Frente Renovador Municipal, integrado por el PJ, el MID, el PI, la DC y el MPL (Bona y Vilaboa, 2016). En La Rioja, el PJ también formó coaliciones con la Democracia Cristiana y desprendimientos de partidos minoritarios. En las prácticas coalicionales del peronismo renovador en las provincias durante la década de 1980, puede reconocerse parte de la construcción reticular que apoyó a Menem en la interna de 1988 y, posteriormente, confluyó con otros partidos en el Frente Justicialista Popular que lo llevó a la presidencia de la Nación. Al construir apoyos territoriales de sustentación, la RP contribuyó a consolidar lazos que capitalizó el PJ en su conjunto.

4. Características y atributos de los dirigentes renovadores

Uno de los rasgos sobresalientes de la RP es la diversidad de perfiles sociales, generacionales y de los espacios de reclutamiento de sus dirigentes. Los renovadores pertenecían a distintas generaciones. Quien mayor experiencia tenía dentro del peronismo era Cafiero, que contaba con 63 años en 1983. Desde joven había ocupado cargos técnicos en el Estado, vinculados a su formación de contador público y doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Buenos Aires. Su ingreso al funcionariado se materializó por su *saber experto*. Fue consejero financiero en la embajada de la Argentina en Washington durante la primera presidencia de Perón (Cafiero, 1983; 2007; 2011) y ministro de Comercio Exterior hasta el golpe de Estado de 1955. Durante la proscripción del peronismo, ocupó cargos menores dentro del MNJ. Con el regreso del peronismo al gobierno en 1973, volvió a acceder a puestos políticos y técnicos. En 1974 fue nombrado interventor de Mendoza, y en 1975, ministro de Economía de la Nación.

Menem también presentaba una sólida trayectoria dentro del peronismo. En 1983, cuando fue elegido por segunda vez gobernador de La Rioja, tenía 53 años. Estudió abogacía en la Universidad Nacional de Córdoba y su primera actividad relacionada con el arco peronista fue la defensa de presos políticos, lo que le valió el encarcelamiento durante el gobierno de la denominada Revolución Li-

bertadora. Fue dirigente de la juventud partidaria en su provincia. En 1973, con la apertura democrática, fue elegido gobernador, cargo que ocupó hasta ser derrocado por la dictadura militar de 1976. Fue apresado por el gobierno militar, lo que reforzó su credencial de *legítimo peronista*.

Pero en su mayoría los renovadores eran más jóvenes. Sus primeras experiencias políticas se habían forjado durante la década de 1970. Habían participado del proceso de peronización de las clases medias y militado en distintos espacios políticos, tales como la Juventud Peronista (JP), el Peronismo de Base, la Organización Única de Trasvasamiento Generacional (OUTG) y los Comandos Tecnológicos (CT) dirigidos a nivel nacional por Julián Licastro. El grado de compromiso con la lucha armada fue diverso. Las experiencias de militancia juvenil y de pasados políticos compartidos permitieron trabar alianzas políticas interprovinciales entre grupos próximos desde el punto de vista social y militante, que sedimentaron las coaliciones internas nacionales (Mellado, 2015). Por ejemplo, Carlos Grosso (de Capital Federal), José Octavio Bordón (de Mendoza) y Raúl Carignano (de Santa Fe) integraron los CT en los tempranos setenta. A ello se suma la experiencia dentro del grupo SOCMA⁶ de Franco Macri durante el régimen militar, que habría favorecido posteriores acuerdos internos en la RP (Mellado, 2016).

A su vez, la mirada transversal sobre los atributos de la dirigencia renovadora permite precisar temporalidades y cualidades de conjunto. En 1983, los dirigentes que abrazarían la RP ocupaban posiciones subordinadas dentro de las configuraciones peronistas provinciales, incluidos quienes integraban las listas presentadas a las elecciones. Quien mejor encarna esta cualidad común es uno de los principales dirigentes renovadores, Cafiero, marginado del armado político del PJ en la provincia de Buenos Aires, desplazado por un dirigente de extracción sindical como Iglesias, que disponía, además, de jugosos recursos territoriales. A través de su apuesta por la RP, Cafiero logró cambiar su inserción dentro del peronismo y virar desde el acceso de cargos técnicos a políticos. Al constituirse como principal portavoz de esa corriente, alcanzó los cargos de diputado nacional en 1985 y de gobernador del principal distrito electoral, la provincia de Buenos Aires, en 1987. La opción por la Renovación fue la vía de acceso a las posiciones hegemónicas de la organización partidaria y a la precandidatura presidencial en 1988.

Menem también logró forjar una carrera de alcance nacional a través de la RP, hasta acceder a la presidencia de la República. Su dilatada experiencia militante en su provincia natal fue coronada con su acceso a la gobernación de La Rioja en 1973. En 1983 volvió a ganar las elecciones y formó parte de los 12 gobernadores peronistas del momento. Pero fue la Renovación la que habilitó su carrera nacional, desde una provincia periférica. Este ascenso tuvo un hito importante

6. El grupo SOCMA es un consorcio de empresas vinculado a Sociedad Macri, propiedad del inmigrante italiano Franco Macri. El grupo tuvo un crecimiento exponencial durante la última dictadura militar argentina y agrupaba empresas que intervenían en distintos sectores de la economía, como la industria automotriz, la construcción, las finanzas, el petróleo y los seguros (Azpiazu, Basualdo y Khavisse, 2003).

cuando apoyó la postura oficial en el diferendo por el canal de Beagle, contra lo que había estipulado la cúpula del PJ.⁷ Hacia 1986, momento en que sus creencias renovadoras estaban siendo cuestionadas por el sector cafierista, su posición dentro de la RP fue utilizada para reclamar ante la conducción nacional el voto directo para las elecciones de candidato a presidente, tomando al país como distrito único. Su proposición en el Congreso de Tucumán, en consonancia con uno de los principales principios renovadores, le permitió sacar una ventaja relativa frente a su contrincante, Cafiero. En una entrevista de época, Menem deslegitimó a quienes le criticaban por no haber sido un auténtico renovador, dado que había reivindicado el voto directo de los afiliados, principal propuesta metodológica del espacio renovador:

Grosso se va de ese congreso no por una discrepancia doctrinaria, sino porque no consigue que se lleven a cabo las elecciones internas en Córdoba, cuestión meramente electoralista. En cambio no tiene en cuenta que en ese congreso se trataba uno de los grandes temas que levantó la Renovación por mi intermedio, que era la reforma de la carta orgánica del justicialismo, para establecer el voto directo y secreto, al convertir al país en un distrito único [...]. En otras palabras, la democratización del peronismo (Gordillo y Lavagno, 1987: 48).

También un conjunto de dirigentes provinciales construyó liderazgos y escaló posiciones dentro del partido a través de la RP. Algunos de ellos, pertenecientes a generaciones jóvenes, desafiaron fuertes liderazgos construidos por acumulación de capital militante, pusieron en valor nuevos atributos y *olvidaron* su pasado setentista (Mellado, 2016). En algunos casos, esta estrategia les permitió dar un salto cualitativo y ascender a posiciones hegemónicas dentro de la organización. Uno de ellos fue el de Ricardo de Aparici en Jujuy, quien desde la campaña electoral de 1983 desafió la autoridad de José Humberto Martiarena, abogando por un recambio dirigencial a través de una democratización interna (Kindgard, 2016). En Mendoza, los dirigentes más jóvenes que se adhirieron a la RP lograron posiciones de prestigio dentro de la organización y ganaron el pulso a dirigentes históricos, como José C. Motta y Horacio Farmache, que habían hegemonizado las principales fracciones del peronismo en 1983. Cada uno de los principales referentes renovadores obtuvo dividendos diferenciados. Mientras que Bordón logró fundar una nueva línea interna bajo su dirección, desde la cual disputó la gobernación de Mendoza, Manzano fue catapultado a la presidencia del bloque Renovador de la Cámara de Diputados de la Nación.⁸ También en Córdoba, José Manuel de la Sota tomó la bandera de la RP y se enfrentó a la coalición dominante encabezada por Raúl Bercovich Rodríguez, líder tradicional del peronismo cordobés, que se había desempeñado como ministro de Bien-

7. En una entrevista de época, Menem justificó su postura afirmando su *verdadero* peronismo: «Yo creo que apoyé la postura justicialista, la postura doctrinaria que es muy distinta a la postura de los dirigentes que, por hacer anti-radicalismo, se pronunciaron en contra de un tratado que es uno de los pilares fundamentales en el objetivo que debemos buscar, que es la unión de Latinoamérica» (Gordillo y Lavagno, 1987: 47).

8. Entrevista a José Octavio Bordón realizada por Virginia Mellado en Buenos Aires, julio de 2010.

estar Social durante la intervención de Duilio Brunello, en 1974, y posteriormente como interventor, en 1975. De la Sota ofreció una imagen alejada de la violencia política y de su militancia en la derecha del PJ durante los años setenta y sentó las bases para hacer creíble que el peronismo podía gobernar en la nueva etapa democrática (Closa, 2016).

Por el contrario, para quienes ocupaban posiciones centrales dentro del peronismo, pero fueron superados por el radicalismo o por partidos provinciales en las elecciones de 1983, adherirse a la RP significó encontrar una herramienta eficaz para recobrar competitividad ante sus adversarios políticos. Tal fue el caso del misionero Julio C. Humada, dirigente de Afirmación Peronista, quien logró imponerse en la interna partidaria en julio de 1983 y, congreso partidario mediante, se erigió en candidato a gobernador por el PJ. Su ajustada derrota ante el radicalismo lo llevó a adoptar la Renovación como estrategia para recuperar competitividad frente a la UCR (Álvarez, 2016). Es decir, la experiencia indica que la RP fue utilizada por algunos dirigentes provinciales que fueron derrotados para afianzar sus liderazgos. Algunos de los gobernadores justicialistas triunfantes en 1983, como los de Santa Fe y Santa Cruz, observaron con acierto que la RP ofrecía mayores dividendos políticos para conservar o retener el poder en sus provincias, una vez que la experiencia bonaerense de 1985 había indicado el camino.

Por tanto, desde posiciones subordinadas o triunfadoras en las configuraciones de poder provinciales, adherir a la Renovación significó crear una frontera con el pasado peronista (Aboy Carlés, 2001), hallar una estrategia conjunta de oposición al radicalismo, establecer nuevas alianzas en el ámbito nacional, adoptar nuevas estrategias para la construcción de liderazgos, encontrar formas de acercamiento al electorado innovadoras, y hasta confirmar el propio poder, *agigiornándolo*. De allí que dentro de la Renovación convivieran trayectorias políticas heterogéneas, como las de Carlos Juárez, caudillo santiagueño que recurría a prácticas de control de carácter clientelar, y los integrantes del *staff* de la revista *Unidos*, por lo general a la izquierda del espectro renovador. Estas posiciones relativas de los dirigentes permiten explicar definiciones de época que dieron algunos renovadores, como el diputado nacional Manzano, cuando afirmó que «la renovación es como el colectivo 60, porque va a muchos lugares y tiene muchas cosas muy disímiles adentro» (Gordillo y Lavagno, 1987: 27). O también la que ofreció el dirigente bonaerense Luis Macaya —vicegobernador electo en 1987— al identificar las fronteras lábiles y porosas que separaban a los ortodoxos de los renovadores. Macaya admitía que:

[h]ay gente que puede estar o haber estado en posiciones ortodoxas y que ahora se traslada a la renovación. [...] Lo que sin duda hay es que al extenderse la idea de la renovación del peronismo, esto es como una mancha de aceite: cubre todo y entonces es así como nos vamos a encontrar a algunos que se decían renovadores pero que en el fondo no lo son; algunos que aparecen como ortodoxos por ahí son más renovadores que los supuestamente renovadores (Gordillo y Lavagno, 1987: 65).

La diversidad y mixtura de perfiles sociales y políticos colabora en hacer comprender a la RP más como una estrategia competitiva, identificada con un mo-

mento político del peronismo, que como proyecto político condensado en una línea interna.

5. El menemismo, deriva de la Renovación

El ascenso de Menem a la presidencia ha sido asociado al armado de su propio aparato, nutrido por sindicalistas, exrenovadores, ortodoxos y herministas (entre otros, Baeza Belda, 2010), a la redefinición del liderazgo populista y carismático (Palermo y Novaro, 1996) y a las amenazas de fragmentación del PJ (Ivancich, 2004). En ningún caso la literatura existente deja de manifestar cierta sorpresa al hablar de ese triunfo que *no debió ser*.

Sin embargo, una mirada atenta a la modulación de las renovaciones provinciales sugiere que la construcción de su liderazgo estuvo asociada al terreno político de cada una de las provincias, donde cosechó apoyos fundamentales para su ascenso a la presidencia. Con fines analíticos se pueden distinguir dos momentos bien diferenciados en la construcción del liderazgo de Menem. El primero transcurre desde su ascenso a la gobernación de La Rioja hasta su consagración como candidato a presidente por el PJ el 9 de julio de 1988, cuando arrebató el triunfo a Cafiero en las elecciones internas. El segundo se despliega desde entonces hasta que consolida su coalición presidencial y, en buena medida, desarma al cafierismo. En ambos momentos, Menem puso en marcha prácticas de cooptación y de formación de alianzas basadas en lazos personales preexistentes y en el rol fundamental de mediadores políticos. No obstante, la diferencia entre ambos momentos radicó en el tipo de lazos que se priorizó y el sentido que siguieron. Hasta lograr su candidatura presidencial, privilegió la construcción de lazos con los excluidos de la RP, pero también —y esta es una de las originalidades que aporta la mirada subnacional— con renovadores con credenciales legítimas, excluidos del armado cafierista. Una vez alcanzada, prevalecieron las relaciones en sentido inverso, lo que llevó a que un conjunto de peronistas que formaron el círculo íntimo de Cafiero se reposicionara en la configuración que tenía a Menem como vértice, en un contexto de pérdida de credibilidad en el gobierno radical que hacía previsible el regreso del PJ al poder.

Su estrategia de cooptación de propios y ajenos se evidencia en una entrevista que ofreció luego de las elecciones internas en Córdoba, cuando su cálculo político le indicaba que, para recuperar competitividad, era necesario el apoyo del conjunto del arco peronista:

Yo insisto en que no hay renovación sin una propuesta y sin la unidad de todo el justicialismo. Les voy a dar un ejemplo. En las elecciones internas de Córdoba, De la Sota, que levantaba una bandera triunfalista y quiere excluir el sector de la ortodoxia, saca 350.000 votos. La ortodoxia, 250.000. El radicalismo en esa misma sección saca 600.000 votos. ¿Por qué entonces excluir a la ortodoxia si pretendemos darle batalla a los radicales? No podemos marginar de la vida partidaria a 250.000 justicialistas. Eso no quiere decir que los dirigentes que evidentemente han sido superados por los acontecimientos no tengan que dar un paso al costado. Pero, insisto, no podemos incursionar tan alegremente en el campo de la política y darnos el lujo de decir: soy renovador y me muevo con los renovadores y nada más (Gordillo y Lavagno, 1987: 50).

Ya en vísperas de su elección como gobernador de La Rioja en 1983, Menem puso en evidencia sus dotes de articulador, un recurso que nutría su capital político acumulado en veinte años de permanencia en el peronismo riojano. Por entonces, el PJ provincial se dividía en tres líneas: Lealtad y Unidad, Línea Nacional y Mesa de Confraternidad. En las elecciones internas triunfó Lealtad y Unidad, la agrupación que lideraba. Confirmado como candidato a gobernador, incluyó en su espacio a sus adversarios políticos, lo que supuso una reconfiguración del justicialismo riojano (Álvarez Gómez, 2013). Incorporó las líneas opositoras de derecha a la órbita de su hermano Eduardo y formó coaliciones con dirigentes de otros partidos, como el Frente de Izquierda Popular, el Partido Socialista Popular y el Partido Comunista de La Rioja.⁹ Al mismo tiempo, cultivó estrechos contactos con peronistas de todo el país, en especial con dirigentes de su generación, y asistió a diversos actos, como el organizado por Grosso en el Luna Park, en Capital Federal.

Menem alcanzó la gobernación con el 50,47% de los votos.¹⁰ Su voluntad presidencialista se manifestó ya en el mismo momento de su discurso de asunción del cargo. Desde esa posición continuó su política de cooptación de los adversarios provinciales, ofreciendo cargos de gobierno en contrapartida.¹¹ Luego, la experiencia de construcción política en su provincia fue transferida al ámbito nacional, en función de sus aspiraciones presidenciales. En efecto, como ha destacado la literatura que analiza el ascenso de Menem, dentro de la rama política del MNJ contaba con sólidos vínculos con dirigentes tradicionales. Formaba parte de la llamada Liga del Norte, junto con el catamarqueño Vicente L. Saadi, caudillo tradicional a la vez que dirigente de la fracción de izquierda Intransigencia y Movilización Peronista, y el salteño Julio Mera Figueroa, quien tendría un papel fundamental como intermediario en su armado político. Entre sus vínculos históricos, también se incluye a Eduardo Bauzá, su exsecretario de Desarrollo Social en la gobernación de La Rioja (1973-1976). Estos tres dirigentes fueron puntales en la formación de la coalición que apoyó a Menem en 1988, denominada Federalismo y Liberación (FyL). Saadi condujo al MNJ entre 1985 y 1988 y, desde esa posición, cuestionado por los renovadores, ordenó la intervención del PJ de la provincia de Buenos Aires en 1986, que ralentizó el gran avance de la Renovación posterior a las elecciones de noviembre de 1985, lo que a la postre resultó clave en el triunfo de Menem (Ferrari, 2016). Por su parte, Bauzá jugó un rol fundamental para que los renovadores de Mendoza pertenecientes a la Lista Naranja, liderada por Bordón, apoyaran a Menem (Mellado, 2016). También los viejos caudillos peronistas jujeños, José Humberto Martiarena y Carlos Snoppek, en 1988 volcaron el padrón de su provincia a favor del riojano (Kindgard,

9. *El Independiente*, La Rioja, 26/9/1983, citado por Álvarez Gómez, 2013.

10. Ministerio del Interior. Subsecretaría de Asuntos Institucionales, Elecciones Nacionales, Escrutinio definitivo de La Rioja. Elecciones de gobernador y vice. En: www.mininterior.gov.ar/asuntos_politicos_y_alectorales/dine/infogral/RESULTADOS%20HISTORICOS/1983 (consulta: 26 de mayo de 2018).

11. Entre otros, Antonio Erman González de la Democracia Cristiana, designado titular del Instituto Provincial de Seguridad y Asistencia Social y luego presidente del Banco de la Provincia (1985-1989), *Clarín*, Buenos Aires, 30/1/2000.

2016). En Córdoba, ya en 1986, formalizó un acuerdo con la ortodoxia del PJ a través de su delegada personal, Leonor Casari de Alarcia (Vaca Narvaja, 2001: 94). En Misiones, el apoyo brindado por Menem en 1985 a Osvaldo Torres, opositor a Humada, fue retribuido con la incorporación de aquel a FyL, coalición de la cual se convirtió en referente provincial (Álvarez, 2016).

Los análisis en clave subnacional muestran que numerosos dirigentes con credenciales renovadoras legítimas acompañaron a Menem en su camino a la candidatura presidencial. Tres casos significativos son los de Mendoza, San Juan y Buenos Aires. En Mendoza, la Renovación fue asumida por la Lista Naranja. Este sector internamente se enfrentó con la también renovadora Lista Azul, conducida por Manzano. Aun así, en las elecciones de 1987, los renovadores mendocinos se aliaron y se distribuyeron las candidaturas: los naranjas disputaron los cargos provinciales, y los azules, los nacionales. La Naranja, sumada a la Azul y al sector menemista liderado por Bauzá, triunfó en la interna. Bordón alcanzó la gobernación en 1987 y un año después su lista apoyó a Menem aludiendo a la simpatía que manifestaban hacia el riojano los dirigentes de unidades básicas enroladas en la campaña «Menem presidente». En la misma provincia, mientras Cafiero era aún identificado con la intervención federal enviada por el tercer gobierno peronista (1974) y los actos de corrupción a los que se la había asociado (Cafiero, 1983: 113-118), Menem aparecía ligado con la tradición peronista, más popular. Para Bordón, el riojano representaba «la salvaguarda del federalismo»¹² y ofrecía mayores dividendos políticos, puesto que otorgaba una mayor proyección nacional (Mellado, 2016).

En San Juan, la RP fue la opción de la enorme mayoría de los dirigentes peronistas; de ella, solo un sector acompañó a Menem como precandidato presidencial en 1988. En la nueva camada de figuras que asomaron a la política en 1983 como sucesores del viejo dirigente Eloy Camus, se destacaban su heredero político, César Gioja, el dirigente sindical docente Luis Alberto Martínez y Olga Riutort, quien asumió la vicepresidencia tercera del Congreso de Río Hondo. La disputa más traumática del PJ sanjuanino se produjo entre los renovadores y un sector ligado al sindicalismo que, sintiéndose excluido, coyunturalmente adhirió al Partido Bloquista, lo que permitió a esa fuerza provincial retener la gobernación en 1987. Perdida la gobernación, los líderes renovadores se enfrentaron por el control del partido en relación con los alineamientos nacionales. En 1988 Martínez apoyó a Menem, y Riutort, a Cafiero. También José Luis Gioja, en nombre de la agrupación Renovación Peronista Independiente «Menem presidente», apoyó al riojano, y aventuró un paso más, al destacar la necesidad de integrar en la vida partidaria a todos los sectores del movimiento (Rodrigo, 2016).

Asimismo, la provincia de Buenos Aires, un territorio imprescindible para controlar el voto peronista, fue un espacio donde parte de la RP confluyó en el armado menemista. En 1986 la intervención partidaria tenía como objetivo explícito la normalización. Implícitamente, el interventor, Mera Figueroa, frenó el impulso

12. Entrevista a José Octavio Bordón realizada por Virginia Mellado en Buenos Aires, julio de 2010.

ganador de la Renovación —que había obtenido una muy buena performance electoral en el espectro peronista— al dilatar el cronograma electoral. Eso le permitió aglutinar a los excluidos por Cafiero, reclutar independientes y hasta generar indisciplina entre los renovadores. Tal fue el caso de Eduardo Duhalde y Julio Carpinetti, quienes con su lista Unidad y Renovación apoyaron a candidatos distintos de los favorecidos por Cafiero en las internas de La Plata (Ferrari, 2016).

En paralelo, FyL desembarcó en la provincia. A los apoyos iniciales de sindicatos menores y de algunas terceras o cuartas líneas del PJ, sumó el de intendentes del conurbano, el de los seguidores de Iglesias y el del secretario del poderoso SUPE, Diego Ibáñez, por entonces presidente del bloque de diputados nacionales peronistas. Aun así, el apoyo era insuficiente, tanto más cuando Cafiero, presidente del PJ provincial, asumió la gobernación de la provincia en 1987 y, luego, fue elegido presidente del MNJ. Solo la ruptura de la RP en el distrito podía asegurar el triunfo. Y ese apoyo lo dio Eduardo Duhalde, uno de los fundadores de la Renovación bonaerense.

Duhalde resultó una figura clave para organizar los apoyos a la candidatura de Menem en la provincia de Buenos Aires (Ferrari, 2013). El intendente de Lomas de Zamora (1974-1976; 1983-1987) había sido el primero en exigir las elecciones directas a Iglesias cuando este conducía el PJ bonaerense. Sufrió el desaire de Cafiero al menos en dos ocasiones, cuando le negó la vicegobernación, en 1987, y cuando, sin aviso previo, lo desplazó del primero al segundo lugar en las listas de diputados nacionales de la provincia. Para las elecciones internas de 1988, Duhalde, *dueño* de un 20% del padrón provincial (López Echagüe, 2001), fue invitado a secundar a Menem en la fórmula de precandidatos presidenciales. Una vez que aceptó, resultó un artífice fundamental de la coalición menemista. Abogado de formación, militante del gremio municipal, aportó su profundo conocimiento territorial del conurbano y de las prácticas para movilizar a su favor al electorado (Ferrari, 2013). Tenía el reconocimiento de buena parte de los intendentes peronistas, especialmente del popular y populoso conurbano, a los que había representado ante el gobierno provincial radical (1983-1985) como portavoz de la Liga de Intendentes peronistas. Como precandidato, supervisó los detalles de las caravanas de campaña y el acto de cierre de la elección interna por la fórmula presidencial en la cancha de River Plate, al que concurrieron más de 60.000 asistentes, la mayoría de los cuales provenía de la tercera sección electoral, donde *sus* hombres habían contratado 2.000 micros a tal fin.¹³

El 9 de julio de 1988 se visualizó el rédito de las prácticas de cooptación y formación de alianzas de Menem. La fórmula Menem-Duhalde sacó el 53,4% de los votos. En la provincia de Buenos Aires triunfó por 233.139 votos contra 228.379, derrotando al propio gobernador. Los resultados quitaron legitimidad al liderazgo de Cafiero sobre el partido y eclipsaron su gobierno a menos de un año de haberlo asumido (Cafiero, 2011: 463).

Después de esa elección interna, el PJ se reconfiguró. Detrás de ello, gravitaba el tiempo corto de las carreras políticas individuales y el horizonte de am-

13. *Clarín*, Buenos Aires, 25/6/1988.

biciones del heterogéneo conjunto. El sector triunfante, conducido por Menem, carecía de una sólida base de cuadros técnicos y políticos que los derrotados no tardaron en nutrir. Hubo significativos trasvases desde el cafierismo al menemismo, en las instancias previas a la formación de listas para ocupar cargos partidarios o bancas legislativas. En Capital Federal, la fórmula Menem-Duhalde había obtenido el 48% de los votos. Grosso, referente de la RP alineado con Cafiero, en su afán de ser el futuro intendente,¹⁴ se acercó a Menem. Llevó a cabo una política de coalición con un amplio arco de dirigentes de origen sindical —entre otros, el ortodoxo Lorenzo Miguel— y territorial, que habían adherido al menemismo. Solo se mantuvo como menemista pura la línea encabezada por Hugo Santilli, presidente del club River Plate, de la que desertó un enorme número de unidades básicas a favor de Grosso. El resultado en las elecciones internas partidarias lo favoreció con más del 60% de los votos. Así, se aseguró el armado de la denominada «renovación metalúrgica», frenó el avance de los menemistas puros y se impuso como candidato a intendente (Luoni, 2016).

En Mendoza, se produjo un reacomodamiento de las filas renovadoras. Bordón sintió los beneficios de haber sostenido la candidatura de Menem en la interna y en la campaña presidencial: logró el ofrecimiento de la Cancillería primero y, luego, del Ministerio de Obras y Servicios Públicos de la Nación (Mellado, 2016). No obstante, las diferencias con la coalición que comenzaba a forjar el presidente lo distanciaron de ese núcleo. Menem estrechó lazos con Manzano, rival interno de Bordón dentro de la RP provincial. La conflictividad fue en aumento cuando Manzano se posicionó como uno de los hombres fuertes del presidente, tras lograr el cargo de ministro de Interior, en 1991.

La provincia de Buenos Aires también exhibió cambios ante el triunfo de Menem. Continuó el trasvase de cuadros desde el cafierismo hacia la nueva coalición dominante. El poder de Cafiero se debilitó aún más al perder el plebiscito por la reforma constitucional de la provincia que pretendía, entre otras cuestiones, habilitar la reelección del gobernador. El éxodo de cafieristas se acentuó al definirse la candidatura a gobernador de Duhalde, con el apoyo de Menem. Dicha candidatura fue sostenida por la línea interna que respondía a Duhalde, la Liga Federal, pero también por la Liga Peronista Bonaerense (LIPEBO) conducida por Cafiero, quien, al carecer de fuerzas para imponer la sucesión, negoció la permanencia de sus militantes. A su vez Duhalde, que había operado contra Cafiero en el plebiscito de la reforma constitucional, buscó su apoyo para diferenciarse del menemismo y desplazar a los más fervientes apoyos del presidente. No aceptó inmediatamente la candidatura (Ollier, 2010) y durante ese período pactó con el Gobierno nacional la cesión a la provincia de un ingreso extraordinario,¹⁵ reforzó sus vínculos con los sindicalistas de la Unión Obrera Metalúrgica y afianzó el apoyo de los poderosos intendentes peronistas. Eligió como compañero de fórmula a Rafael Romá, un joven cafierista de 38 años, exintendente de Ramallo. Era una fórmula renovadora en esencia, nutrida por distintas vertientes.

14. Hasta la reforma constitucional de 1994, el intendente de Capital Federal era designado por el presidente de la República.

15. Este ingreso se materializó en el Fondo del Conurbano Bonaerense, vigente hasta 1997.

6. Conclusiones

La RP ha sido analizada hasta hace poco tiempo a la luz de categorías diádicas, de la práctica, con perspectiva pretendidamente nacional. Frente a ello, las investigaciones en el ámbito subnacional buscaron aportar nuevas claves interpretativas de esa experiencia, contraponiendo heterogeneidad a la uniformidad de la que aquí se denominó versión olímpica. Al vertebrar los resultados parcelados por distritos en torno a la organización partidaria, las dirigencias renovadoras y la construcción de liderazgos, emerge una nueva lectura de conjunto. En el cruce de perspectivas, la Renovación se manifestó como un momento de reconfiguración del peronismo en los años de la transición democrática, impulsado desde diferentes distritos, no como un proyecto político impuesto desde arriba.

Fue posible observar que la derrota del PJ en 1983 no desencadenó necesariamente una crisis en las organizaciones provinciales y que la división dependió del peso del sindicalismo y de la rama partidaria. Se señaló que uno de los mayores aportes de la RP fue la introducción del voto directo del afiliado para la selección de candidaturas, lo cual tuvo un efecto matizado en la práctica política. Si bien fue un instrumento que permitió democratizar al partido, no fue una herramienta para unir al peronismo, ni un mecanismo depurador de la política partidaria *per se*, ya que las dirigencias utilizaron las internas de acuerdo a los cálculos políticos de cada coyuntura y mantuvieron el control de la instancia previa o negociaron candidaturas para obtener mayores réditos en las elecciones generales.

Respecto de las élites partidarias, se mostró que los atributos de los renovadores no anclaban en perfiles sociales ni generacionales comunes. Sin embargo, fue posible advertir que la similitud de trayectorias se hallaba en la posición relativa de los dirigentes al volcarse a favor de la RP. La subordinación inicial dentro del PJ o en la configuración política provincial llevó a los renovadores a *dar el salto* y enfrentarse con otras facciones consideradas tradicionales o con los partidos opositores en nombre de los *verdaderos valores* del peronismo, lo que a la postre favoreció la circulación de los dirigentes. Estos realizaron un uso de la RP que les permitió formar sus propias fracciones, construir liderazgos e integrar un armado nacional que le devolvió competitividad al PJ. Esto contribuye a explicar la mixtura de perfiles muy heterogéneos en ese espacio.

Finalmente, las investigaciones ofrecen evidencia empírica sobre la construcción del liderazgo de Menem y el itinerario que desarrolló hasta erigirse en candidato a presidente en 1988. Las experiencias provinciales muestran que Menem armó su coalición de poder no solo con el apoyo de la llamada ortodoxia, como ha destacado una abundante literatura, sino también con el de dirigentes renovadores. Menem y Duhalde, consagrados como presidente y vicepresidente de la República en 1989, fueron renovadores de la primera hora, que alcanzaron las aspiraciones de aquella experiencia luego de ser seleccionados en comicios internos irreprochables, por elección directa de los afiliados. Fueron apoyados por los excluidos del armado renovador, pero también por un núcleo sustantivo de renovadores de diferentes distritos. Una vez asegurado el triunfo de esa fórmula, el realineamiento de dirigentes en busca de cargos de gobierno resultó eviden-

te; los líderes de distrito impulsaron sus trayectorias en la recomposición partidaria o bien incentivaron a los propios cuadros a nutrir los elencos de un gobierno que carecía de equipos técnicos formados. Pero de ninguna manera los renovadores renegaron de su condición por adherir al menemismo ni, pasado el enfrentamiento interno, desconocieron a los otrora adversarios. Como sintetizó De la Sota en vísperas de las elecciones de 1991. «Menem es renovador, yo soy renovador, también Cafiero y Duhalde. Hoy estamos comprometidos todos con un proyecto que es de evolución para el país».¹⁶

Bibliografía

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- ALBAREZ GÓMEZ, Natalia (2013). «El peronismo riojano contemporáneo: análisis del momento renovador en el contexto local, desde una mirada extra-céntrica». Ponencia presentada en el Taller de Debate «El peronismo en la historia reciente. Dilemas del momento renovador en clave subnacional (1983-1991)», Universidad Nacional de Tres de Febrero, 9 de agosto.
- ALTAMIRANO, Carlos (2004). «“La lucha por la idea”: el proyecto de la renovación peronista». En: NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente (comps.). *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, págs. 59-74.
- ÁLVAREZ, Norma (2016). «Misiones». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 73-92.
- ARIAS, María Fernanda (2004). «Institucionalización partidaria en el justicialismo: la corriente renovadora». *Revista SAAP*, Buenos Aires, 1 (3), págs. 489-513.
- AZPIAZU, Daniel; BASUALDO, Eduardo y KHAVISSE, Miguel (2003). *El nuevo poder económico de la Argentina en los años 80*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BAEZA BELDA, Joaquín, (2010). «Una sorprendente victoria: Menem y su red de apoyo en las elecciones internas del peronismo en 1988». *Historia Actual Online*, Cádiz, 22, págs. 33-44.
- BOLTANSKI, Luc (1982). *Les cadres. La formation d'un groupe social*. París: Minuit.
- BONA, Aixa y VILABOA, Juan (2016). «Santa Cruz». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 241-268.
- BRACHETTA, Teresa (2006). «Refundar el peronismo: la revista “Unidos” y el debate político-ideológico en la transición democrática». Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- CAFIERO, Antonio (1983). *Desde que grité: «¡Viva Perón!»*. Buenos Aires: Pequén.
- CAFIERO, Antonio (2007). *Razones para ser peronista. Medio siglo de escritos sobre doctrina*. Buenos Aires: Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe / Sudamericana.
- CAFIERO, Antonio (2011). *Millitancia sin tiempo: mi vida en el peronismo*. Buenos Aires: Planeta.

16. *La Voz del Interior*, Córdoba, 1/9/1991 (Closa, 2016: 209).

- CLERICI, Paula (2013). «Alianzas cruzadas en Argentina. Una aproximación causal desde la teoría». *Ciencia Política*, Bogotá, 16, págs. 8-33.
- CLOSA, Gabriela (2016). «Córdoba». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 177-210.
- DE IPOLA, Emilio (1987). «La difícil apuesta del peronismo democrático». En: NUN, José y PORTANTIERO, Juan Carlos (comps.). *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*. Buenos Aires: Puntosur (1987), págs. 333-374.
- FERRARI, Marcela (2013). «Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias (1983-1991)». *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. [En línea]. URL: <http://nuevomundo.revues.org/65243> (Consulta: 25 de junio de 2013)
- FERRARI, Marcela (2016). «La provincia de Buenos Aires». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 269-298.
- FERRARI, Marcela (2018). «Democracia Cristiana, Partido Justicialista y política de frentes. El FREJUDEPA en perspectiva histórica». *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Buenos Aires, 48, enero-junio, págs. 121-153. En: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/12074/10724>.
- FERRARI, Marcela y CLOSA, Gabriela (2015). «Los partidos políticos mayoritarios durante la reconstrucción democrática. Córdoba y Buenos Aires, 1982-1991». En: FERRARI, Marcela y GORDILLO, Mónica (comps.). *La reconstrucción democrática en clave provincial*. Rosario: Prohistoria, págs. 29-64.
- FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (2016). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- GARATEGARAY, Martina (2012). «En nombre de Perón: los usos políticos del pasado en la revista "Unidos" (1983-1991)». *Quinto Sol*, Santa Rosa, 16 (2), págs. 1-15.
- GIDDENS, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GIRAUD, Olivier (2012). «L'analyse scalaire des régimes d'action publique en Europe: l'apport méthodologique des comparaisons infranationales». *Revue Internationale de Politique Comparée*, Lovaina, 19 (2), págs. 15-36.
- GORDILLO, Marta y LAVAGNO, Víctor (1987). *Los hombres de Perón. El peronismo renovador*. Buenos Aires: Puntosur.
- GUTIÉRREZ, Ricardo (2003). «Entre movimiento y partido: un análisis de las transformaciones organizativas del peronismo (1983-1995)». *Política y Gestión*, Rosario, 5, págs. 27-76.
- IVANCICH, Norberto (2004). «La institucionalización del peronismo antes de Menem». *Argentina Reciente: Ideología y Política Contemporáneas*, Buenos Aires, 2, págs. 7-46.
- KINDGARD, Adriana (2016). «Jujuy». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 121-152.
- LEVITSKY, Steven (2005). *La transformación del Justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LÓPEZ ECHAGÜE, Hernán (2002). *El otro. Eduardo Duhalde: una biografía política*. Buenos Aires: Norma.
- LUONI, Osvaldo (2016). «La ciudad de Buenos Aires». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 211-240.

- MACKINNON, Moira (2002). *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MAINA, Marcelino (2016). «Santa Fe». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 153-176.
- MELLADO, Virginia (2015). «Socialización y formación de las élites políticas argentinas: itinerarios universitarios y aprendizajes». *Pro-Posições*, Campinas, 26 (77), págs. 163-185.
- MELLADO, Virginia (2016). «Mendoza». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 41-72.
- MUSTAPIC, Ana María (2013). «Los partidos políticos en la Argentina: condiciones y oportunidades de su fragmentación». En: ACUÑA, Carlos (comp.). *¿Cuánto importan las instituciones? Gobierno, Estado y actores en la política argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, págs. 249-290.
- O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Phillippe y WHITEHEAD, Laurence (comps.) (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires: Paidós.
- OLLIER, María Matilde (2010). *Atrapada sin salida: Buenos Aires en la política nacional (1916-2007)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.
- OSTIGUY, Pierre (1997). «Peronismo y antiperonismo: bases socioculturales de la identidad política en la Argentina». *Revista de Ciencias Sociales*, Bernal, 6, págs. 133-205.
- PALERMO, Vicente y NOVARO, Marcos (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma.
- PODETTI, Mariana; QUÉS, María Elena y SAGOL, Cecilia (1988). *La palabra acorralada: la constitución discursiva del peronismo renovador*. Buenos Aires: Fundación Capacitación para el Desarrollo.
- PONZA, Pablo (2015). «Intelectuales “Unidos”: La “Renovación Peronista” y las razones de un fracaso político, doctrinario y cultural (1983-1989)». *Boletín Americanista*, Barcelona, 70, págs. 191-211.
- RODRIGO, Cintia (2016). «San Juan». En: FERRARI, Marcela y MELLADO, Virginia (comps.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, págs. 93-120.
- SCHVARZER, Jorge (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- SNYDER, Richard y WOLFSON, Leandro (2009). «Reducción de la escala: el método comparativo de unidades subnacionales». *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 49 (194), págs. 287-306.
- VACA NARVAJA, Hernán (2001). *El candidato. Biografía no autorizada de José Manuel de la Sota*. Buenos Aires: Sudamericana.
- WAINFELD, Mario; GONZÁLEZ, Horacio y ARMADA, Arturo (1986). *Historia, contexto político y perspectivas de la Renovación peronista*. Buenos Aires: Mimeo.

Fecha de recepción: 6 de mayo de 2019

Fecha de aceptación: 18 de septiembre de 2019

Fecha de publicación: 30 de junio de 2020